



Ricardo Castello*

¿Qué pasará pasado mañana?

PANDEMIA

La pandemia rompió nuestra creencia de que podemos gobernar el devenir de nuestras vidas, alcanzar objetivos y metas, administrar nuestros cuándos y dónde. La cuarentena nos obliga a vivir una vida “frezada”, donde el día a día se repite inalterable, con el agravante de romper la ilusión de que somos capaces de gestionar un futuro previsible.

Este inesperado y obligado cambio en nuestras rutinas, en el que pasamos de un modelo en el cual el éxito se basaba en una frenética dinámica de interacción social-económica a vivir un tiempo de inmovilismo (en el que se nos exigen quietud y aislamiento como sinónimo de buen comportamiento), nos ha cambiado la vida cotidiana.

Pero no todo es tan malo como parece. Esta obligada quietud trae algunos pequeños beneficios; por ejemplo, disfrutar de nuestros afectos sin interrupciones indeseadas, tener tiempo para atender pendientes perpetuos y volver a ejercitar una actividad desatendida: pensar “filosóficamente”, es decir, disponer de tiempo y espacio para meditar sobre nuestro rol en la vida, en la familia, en la sociedad. Elucubrar sobre las creencias y valores que nos movilizan y condicionan.

Cansados y saturados del permanente bombardeo mediático sobre las causas, efectos y

QUIENES CREÍAMOS VIVIR EN UNA SOCIEDAD DE IGUALES OTRA VEZ COMPROBAMOS QUE LOS DE “ARRIBA” LA PASAN MEJOR QUE EL RESTO.

peligros de esta pandemia, tenemos ahora la oportunidad de cambiar el eje monotemático del tema de discusión por otros aspectos quizá más importantes, pero obviados.

¿Por qué aparece esta pandemia y no pudo ser prevista? ¿Cómo llegó desde tan lejos? ¿A quiénes beneficia y perjudica?

Está claro que las políticas y las acciones para atenuar los efectos nocivos de este fenómeno pudieron ser previstas. Algunos gurúes lo alertaron. Sin embargo, su prevención implicaba cambiar prácticas en algunos negocios, afectar intereses, disminuir ganancias exorbitantes.

Ejemplos sobran que han puesto de manifiesto las desigualdades generadas por esta situación, y quienes creíamos vivir en “una sociedad de iguales” comprobamos otra vez que los de “arriba” la pasan mejor que el resto.

Quizá el más cercano y conocido es el del conductor estrella de nuestra TV, devenido en dirigente deportivo con aspiraciones de político popular, quien está

aislado en una jaula de oro con *catering* de lujo; pero a diario continuamos viendo los “exceptuados”, aquellos que siguen refugiados en sus privilegios políticos, judiciales, patrimoniales y sus conocidos etcéteras.

¿Cómo será el escenario apenas levantada la cuarentena? ¿Cambiarán algo las relaciones vigentes del poder político y económico? ¿Se modificará el actual proceso de desigualdad creciente entre las capas sociales? ¿Cómo pondremos nuevamente en marcha las actividades culturales que implican juntarnos?

¿Y pasado mañana? ¿Las redes sociales seguirán prevaleciendo como articuladoras de las relaciones humanas? ¿Cómo se estructurará la sociedad de los *millennials*? ¿Quiénes serán sus líderes, sus referentes, sus modelos? ¿Cómo resolveremos los problemas de abuso de los ecosistemas, sobrepoblación, desigualdad extrema?

Está claro que habrá cambios, esperamos que sean para “igualar hacia arriba” y no como ha estado ocurriendo en las últimas décadas, en que los revolucionarios “avances” sólo aumentaron la pobreza y la desigualdad. La pregunta es cómo evitaremos que se imponga el perpetuo gatopardismo de que algo cambie para que todo siga igual.

*** Doctor en Ciencias Económicas, exdocente y titular de cátedra de la UNC**